

cuando hubiese visitado sus buques en el puerto inmediato, y afanzado allí un establecimiento permanente (23).

Causáronle á Cortés mucha satisfaccion las noticias que acababa de adquirir. Ellas confirmaban sus primeras ideas, y le manifestaban que el interior de la monarquía se hallaba mas perturbado de lo que suponía. Si antes, poseído de un espíritu caballeresco, apenas abandonaba la idea de atacar el imperio azteca con solo su ejército, ¿qué tenía ahora que temer, cuando podía levantar la mitad de la nación en contra de la otra? En la exaltación del momento, su espíritu fogoso se llenó de un entusiasmo que vencía todo obstáculo. Comunicó sus sentimientos á los oficiales que le rodeaban; y antes de haberse hallado en ningún encuentro, ya se regocijaban como si las banderas españolas estuviesen flameando en las fortalezas de Montezuma. Pero antes de lograr esto, muchos campos teñidos de sangre tenían que ganar, eran muchos los peligros que habían de correr, y muchas las privaciones que habían de sufrir.

Despidiéndose los españoles el día siguiente del hospitalario indio, tomaron el camino de Chiahuitzla (24), distante cuatro leguas, y cerca de la cual estaba el puerto descubierto por Montejo, donde se hallaban anclados los buques. Fueron provistos por el cacique con cuatrocientos mozos de cordel, llamados *tamanes*, para transportar el bagaje, que cargaban cincuenta libras de peso, en cinco ó seis leguas por día. Se hacia uso de ellos en todo el imperio mejicano, y á los españoles sirvieron mucho entonces, para relevar á la tropa de esta parte de su deber. Pasaron por un país tan rico y de un aspecto tan fértil como el que acababan de atravesar; y temprano en la mañana siguiente llegaron á la ciudad india, situada como fortaleza sobre una elevada y peñascosa eminencia que dominaba el golfo. Habían huido casi todos los habitantes; pero permanecieron allí quince de los principales, que los recibieron de una manera amistosa, ofreciéndoles, como era de costumbre, flores é incienso; y los fugitivos, habiendo depuesto sus temores, gradualmente volvieron al pueblo. Mientras conversaban con los gefes, se unió á ellos el digno cacique de Cempoala, conducido por sus vasallos en una litera; y con mucho interés tomó parte en sus deliberaciones. Las noticias adquiridas aquí por Cortés le confirmaron las relaciones que ya tenía acerca de los sentimientos y de los recursos de la nación totoneca.

En medio de su conferencia, fueron interrumpidos por un movimiento del pueblo, y poco despues entraron cinco hombres en la plaza mayor ó mercado, donde se hallaban. Inferiase de su altivo porte y de sus ricos y particulares vestidos, que no eran de la misma raza que los otros indios. Su negro y lus-

(23) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Ixtlilxochitl, Hist. chich, MS., cap. 81.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.

(24) El historiador, con el auxilio de Clavijero, que es mejicano, puede rectificar los frecuentes errores de los primeros escritores en la ortografía de los nombres aztecas. Robertson y Solís escriben el de esta ciudad del modo siguiente: *Quiabislan*. Debe confesarse que son excusables los errores cometidos en tan bárbara nomenclatura.

troso cabello estaba atado con una cinta sobre la coronilla de la cabeza. Tenían ramos de flores en las manos, é iban seguidos de varias personas de su comitiva, que llevaban, unos, varas con cordeles, y otros, abanicos, con los cuales ahuyentaban las moscas y otros insectos, para que no molestasen á sus orgullosos señores. Al pasar estos por la plaza, echaron una mirada altiva sobre los españoles, dignándose apenas contestar sus saludos. Inmediatamente y en gran confusion se les reunieron los gefes totonecas, que parecían ansiosos de captarse su benevolencia con toda clase de atenciones.

Muy admirado el general inquirió de Marina qué significaba esto. Informóle que aquellos eran nobles aztecas, autorizados por Montezuma para recibir el tributo. Poco despues volvieron los gefes con el disgusto pintado en su semblante. Confirmaron lo dicho por Marina, añadiendo que los aztecas se habían ofendido mucho por la plática familiar tenida con los españoles sin permiso del emperador; y que por via de expiacion pedían veinte jóvenes, de ambos sexos para sacrificarlos á sus dioses. Cortés manifestó la mayor indignacion por esta insolencia, y exigió de los totonecas, no solo que se negasen á la demanda, sino que se apoderasen de los colectores, y los redujesen á prision. Dudaron los gefes; pero él insistió tanto en que se hiciese prontamente, que al fin consintieron, y los mejicanos fueron aprehendidos, atados de piés y manos, y entregados á una guardia.

Por la noche, el general español procuró el escape de dos de ellos, y los hizo llevar á su presencia. Expresóles su sentimiento por lo que habían sufrido de los totonecas: díjoles que tomara providencias para proporcionarles la fuga, y que al día siguiente se empeñaría en conseguir la libertad de sus compañeros: manifestóles tambien el deseo de que refiriesen esto á su señor, con las seguridades de la gran consideracion que le tenían los españoles, sin embargo de su inoble conducta en dejarlos perecer, faltos de todo recurso en sus estériles costas. Mandó entonces á los nobles mejicanos al puerto, de donde fueron conducidos por agua á otro punto de la costa, temiendo alguna violencia de los totonecas. Estos se irritaron mucho por la fuga de los prisioneros, y habrían sacrificado á los otros, si no hubiera sido por el comandante español que les convenció de lo horroroso de su proyecto, y les ordenó los mandasen bien custodiados á bordo de su escuadrilla: poco despues se les permitió reunirse con sus compañeros. Este proceder astuto, tan característico de la política de Cortés, produjo como se verá despues, el efecto que deseaba en Montezuma. No puede, en verdad, recomendarse como muy conforme al espíritu de caballería; y sin embargo no le faltan panegiristas entre los historiadores nacionales (25).

Despacharon mensajeros por orden de Cortés, á los pueblos totonecas, con el fin de hacerles saber lo que había acontecido, solicitando que rehusasen el pago de todo tributo á Montezuma; pero no había necesidad de los enviados. Ate-

(25) „Grande artífice,” exclama Solís, „de medir lo que disponía con lo que recelaba; y prudente capitán el que sabe caminar en alcance de las contingencias!” Conquista, lib. 2, cap. 9.

morizados los sirvientes de los señores aztecas, habian huido en todas direcciones, llevando las nuevas, que se difundieron por el país con la velocidad del fuego, de los atrevidos insultos hechos á la magestad de Méjico. Los indios, asombrados, y lisonjeándose con la dulce esperanza de reconquistar su antigua libertad, fueron en gran número á Chiahuitzla, á ver y á conferenciar con los formidables extranjeros. Los mas tímidos, espantados con el pensamiento de combatir el poder de Montezuma, recomendaban se enviase una embajada para calmar su disgusto con oportunas concesiones; pero el diestro manejo de Cortés los habia comprometido demasiado para tener fundadas esperanzas de indulgencia de parte del emperador. Por lo mismo, despues de alguna indecision, resolvieron aceptar la proteccion de los españoles, y hacer un enérgico esfuerzo para recobrar su libertad. Juraron obediencia los gefes á los soberanos españoles, cuya ceremonia fué debidamente autorizada por Godoy, notario real. Satisfecho Cortés con la importante adquisicion de tantos vasallos para la corona, salió luego para el punto de su destino, habiendo primeramente prometido volver á Cempoala, donde sus negocios solo se habian arreglado en parte (26).

El sitio elegido para la nueva ciudad, distaba media legua, y estaba en un ancho y fértil llano que proporcionaba un regular abrigo á los buques. No dilató Cortés en determinar el círculo de las murallas, el lugar de las fortalezas, del granero, de las casas consistoriales, templo y otros edificios públicos. Los indios amigos le ayudaron empeñosamente trayendo, piedra, cal, madera, ladrillos secados al sol y otros materiales: todos pusieron mano á la obra. El general trabajaba como el último soldado, estimulando sus esfuerzos con su ejemplo y con su voz. Acabóse la obra en pocas semanas, y se levantó una ciudad que, si no completamente digna del pretendido nombre que llevaba, correspondia bien á los objetos á que estaba destinada. Servia de un buen punto de apoyo para las futuras operaciones: era plaza de retiro para los inútiles, así como para el ejército en caso de alguna desgracia: almacén para las provisiones y para otros artículos que se pudieran recibir ó enviar á la madre patria; puerto para los buques, y una posicion bastante fuerte para imponer respeto al país adyacente (27).

(26) Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 81.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 40.—Gomara, Crónica, cap. 34-36, en Barcia, tom. II.—Bernal Diaz, Conquista, cap. 46 y 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 10 y 11.

(27) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Conquista, cap. 48.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Declaracion de Montejo, MS.

Sin embargo de las ventajas de su situacion, la Villa Rica fué abandonada á pocos años por otra posicion inmediata hacia el sur, no muy distante de la boca de la antigua. Este segundo establecimiento fué conocido con el nombre de *Veracruz Vieja*; y en el siglo diez y siete, fué tambien abandonada por la presente ciudad de *Nueva Veracruz*. (Véase la nota 7 del capítulo 5 de esta obra). Ignoro la verdadera causa de estas sucesivas emigraciones. Si como se pretende, fué el vómito, apenas ganaron los habitantes en el cambio. (Véase á Humboldt, Essai Politique, tom.

Esta fué la primera colonia, la fecunda madre de tantas otras en Nueva-España. Saludáronla con satisfaccion los sencillos naturales, que esperaban reposar seguros bajo su sombra protectora. ¡Ah! Si hubiesen podido leer lo futuro, no habrian hallado motivo para regocijarse con este precursor de una revolucion mas tremenda que cualquiera otra de las predichas por sus bardos y profetas. No era el benéfico Quetzalcoalt que habia vuelto á reclamar su imperio trayendo consigo la paz, la libertad y la cultura. Sus grillos, ciertamente, habrian sido entonces rotos, y sus agravios ampliamente vengados en la cabeza orgullosa del azteca; pero esto debia hacerse por aquel poderoso ejército que igualmente habia de agobiar al opresor y al oprimido. La luz de la civilizacion brillaria en el país; pero seria la de un fuego consumidor, que habia de extinguir su gloria barbárica, sus instituciones, su misma existencia y su nombre como nacion. Se fijó su destino, cuando el hombre blanco puso los piés en su suelo.

II, p. 210.) La falta de atencion á estas mutaciones ha producido mucha confusion é inexactitud en los antiguos mapas; y aun Lorenzana no se ha librado de estos inconvenientes en su carta y relacion topográfica del camino de Cortés.